



CONCURSO CIENTÍFICO-LITERARIO #RosaMontero

SEGUNDO PREMIO

Autora: Laura Fernández Cedrón

DE CAMINO AL QUINTO CONGRESO

Aquel frío día de octubre Marie Curie madrugó más que de costumbre, no quería partir de viaje hacia Bruselas sin revisar antes los experimentos que había dejado en marcha la noche anterior en su laboratorio de la Sorbona. Estaba enfrascada en unos experimentos sobre los usos médicos de la radiactividad y por nada del mundo quería que aquel viaje retrasara su trabajo.

Marie iba vestida con un discreto vestido negro con botones en la parte delantera y un abrigo oscuro con solapas que le tapaba hasta los pies. Completaba su atuendo un sombrero cloché, calado hasta los ojos, que cubría su pelo blanco recogido en un moño del que se escapaba algún que otro pelo travieso. Parecía mucho mayor de lo que realmente era, tan solo su mirada profunda y penetrante conservaba algo de su lejana juventud.

Pasó a recogerla uno de los nuevos coches a motor, sin duda eran más caros, incómodos y ruidosos que los de caballos, pero desde que su marido Pierre murió atropellado por uno de ellos Marie evitaba su uso. A pesar de haber transcurrido más de veinte años desde la muerte de su esposo, no podía evitar que un escalofrío le recorriera la espalda cada vez que se cruzaba con un coche de caballos.

París estaba precioso, las hojas caían de los árboles tapizando las aceras y las calles de la ciudad. Un bullicio de cascos de caballo, ruido de motores y cláxones indicaba que se estaban acercado a la Estación del Norte.

La imponente silueta de la estación de tren se recortaba entre el luminoso cielo de octubre. Marie se bajó del coche, cruzó bajo el gran arco central y se acercó al andén número siete para coger el tren a Bruselas.

La estación parecía un hormiguero, los fogoneros terminaban de cargar el carbón en la locomotora, los mozos de estación subían los equipajes en los compartimentos y los viajeros buscaban apresuradamente su vagón. Mientras, otros esperaban plácidamente sentados tomando un café y fumando una pipa en alguno de los establecimientos del lugar.

Marie caminó en medio de aquel bullicio, concentrada en sus cosas o repasando mentalmente las notas para su próxima intervención. Nadie hubiera dicho que aquella adorable anciana poseía dos premios Nobel y era una de las mentes más privilegiadas de su época.

Cuando subió al tren, rápidamente, pidió al acomodador que colocara su escaso equipaje en su compartimento para poder estudiar sin distracciones unos recientes artículos de física cuántica. Se sentó en el banco de madera y sacó de un viejo maletín de cuero un montón de papeles que se puso a leer con detenimiento. De repente, un potente silbato y una suave sacudida la sacaron de su ensimismamiento. El tren se había puesto en marcha, la locomotora resoplaba soltando una gran cantidad de vapor que inundaba toda la estación. Tan solo en ese momento mágico de la partida

Marie se permitió levantar la cabeza del artículo que estaba leyendo. Contempló la densa niebla que hacía que las personas aparecieran y desaparecieran dando un aire fantasmagórico a aquel enorme espacio.

Tras esa breve distracción Marie continuó con la lectura tomando algunas notas en el margen. Iba concentrada en la lectura de un artículo de Niels Bohr, un joven científico danés al que acababan de dar el premio Nobel de física en 1922 por sus trabajos sobre la estructura atómica y la radiación. Aunque le había felicitado por carta por la concesión del premio, todavía no lo conocía personalmente. La física cuántica era el tema del congreso Solvay de ese año. Era un tema que se salía un poco de su especialidad, que era la los elementos radiactivos, y no quería que sus distinguidos compañeros (como Albert Einstein, Werner Heisenberg o Niels Bohr) pudieran pensar que era un vieja gloria ajena a los nuevos descubrimientos científicos. Su enorme curiosidad por este novedoso y desconocido campo de la ciencia, le obligaba a estar al día de las últimas investigaciones.

Al cabo de un rato, un hombre elegantemente uniformado con gorra y botones dorados llamó al compartimento de Marie, era el jefe del tren en persona. Ella levantó la cabeza con un gesto antipático por haberla interrumpido, entonces el hombre le indicó que un caballero quería invitarla a comer. El primer pensamiento de Marie fue rechazar la invitación pero el revisor le dijo que el caballero que quería invitarla a comer era Albert Einstein. Entonces Marie sonrió con cara de sorpresa y le dijo que aceptaba la invitación.

El revisor invitó a Marie a que la siguiera hasta el vagón comedor. Marie siguió al hombre del uniforme por los largos y estrechos pasillos del tren hasta llegar al vagón restaurante. Un elegante restaurante construido con madera de teca, con sillones orejeros de cuero, cuadros en las paredes y mesas de mármol. Un hombre de mediana edad, le sonrió. Su cara le recordaba vagamente a la de un actor llamado Charles Chaplin, que triunfaba en los cines con la película "El niño". Era Albert que al momento se levantó y le besó cortésmente en la mano a vez que inclinaba levemente la cabeza.

-Madame Curie, ¡Cuánto tiempo hace que no nos veíamos!

-Demasiados años, sin duda, Albert. Por cierto, enhorabuena por tu premio Nobel- contestó Marie en un perfecto alemán.

-Gracias Marie pero creo que nunca llegaré a ser tan importante como tú, está al alcance de muy pocos conseguir dos premios Nobel en una sola vida.

Marie contestó al halago con una amplia sonrisa.

No se habían vuelto a ver desde 1913, fecha del segundo congreso Solvay. Desde la guerra de 1914 los organizadores no habían vuelto a invitar, hasta aquel mismo año (1927), a científicos alemanes. Muchas cosas habían sucedido desde entonces, entre ellas Albert había recibido el premio Nobel en 1921 y no precisamente por la Teoría de la Relatividad que le había hecho mundialmente famoso. Los científicos a quienes se encomendó la tarea de evaluarla no la entendieron, y temieron correr el riesgo de que luego se demostrase errónea, por lo que el jurado optó por concederle el premio Nobel por sus aportaciones a la física teórica, en especial por su descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico.



Marie recordaba a Albert como un joven de pelo negro, delgado y bigote poblado. Tan solo esto último quedaba de aquel hombre que conoció en 1913. El tiempo había redondeado su figura y su pelo se había vuelto blanco, sin embargo seguía manteniendo su enorme sentido del humor.

-¿Qué tal tus hijas Marie?

-La mayor, Ève, se parece mucho a Pierre y ha seguido nuestros pasos, creo que será una gran científica. La pequeña Irène está más interesada por la moda y la literatura que por la ciencia.

-¿Y tú, Albert, qué tal la familia?

Una sombra de tristeza recorrió la cara de Einstein, respondió a la pregunta cortante como si el tema de su vida privada no le interesara demasiado.

-Me separé de mi primera esposa, Mileva, y me casé con mi prima Elsa. Mis hijos Hans Albert y Eduard todavía son muy pequeños por lo que viven con su madre.

Marie cambió rápidamente de tema de conversación.

-Bueno Albert, ¡te has convertido en toda una celebridad!

-Sí, la teoría de la relatividad me ha hecho famoso y a la vez un poco esclavo del éxito. Constantemente me piden que dé conferencias sobre ella. Precisamente vengo de dar una en Roma, por lo que debía pasar por París de camino a Bruselas.

-Albert, ¿no tienes miedo de estar equivocado en tus predicciones?

Con una sonrisa respondió -Si mi teoría de la relatividad es exacta los alemanes dirán que soy alemán y los franceses que soy ciudadano del mundo pero si estoy equivocado los franceses dirán que soy alemán y los alemanes que soy judío-.

Marie también sonrió con la ocurrencia, y es que Albert tenía una gracia especial para decir frases ingeniosas. Pensó que de no haber sido un hombre tan interesado por la ciencia podía haber sido escritor.

Albert y Marie se tenían una mutua admiración. Albert en una ocasión llegó a decir de ella: "De todos los seres célebres que conozco, Marie es el único que la gloria nunca ha corrompido".

El camarero se acercó.

-Buenos días señores ¿Qué quieren tomar?

-Yo pediré un consomé Doria con trufa fileteada, rodaballo con salsa cardinal, pularda con corazones de alcachofa y también un postre de origen ruso "Charlotte Rachel". Es una gran ocasión, que merece ser celebrada.

-Buena elección -dijo Albert con un tono de complicidad-. Yo tomaré lo mismo por favor.



-Muy bien, tendrán su pedido en un momento.

-Merçi monsieur. Por cierto Albert, ¿Has visto la película de "El niño" de la que todo el mundo habla? ¿Qué opinas sobre ese tal Charles Chaplin?

-Jajjá, me gustó mucho. Ese joven tiene un gran talento, soy un gran aficionado a sus películas. Me hizo recordar momentos de la infancia. Mucha gente dice que tiene un vago parecido conmigo.

-Ya que hablamos de la infancia, se rumorea que eras mal estudiante ¿Es eso cierto? -preguntó Marie con un tono burlesco.

-No, mi buena amiga ese dicho es falso. Sí, es cierto que no me lucía mucho en los idiomas, la historia, la geografía, la filosofía... pero destacaba en física y matemáticas. Lo que más me gustaba era estudiar cosas por mi cuenta. Debo decir que a veces me sentía como un bicho raro, ninguno de los niños de mi clase entendía que a mí gustaran tanto las matemáticas.

Ella comentó

-Mi etapa en el colegio no fue fácil, yo era una buena estudiante, pero en el colegio nos obligaban a hablar en ruso, aunque nuestros profesores, a escondidas, nos seguían hablando en polaco. De todas formas, mi etapa más difícil como estudiante fue en la universidad recién llegada a París. Tenía tan poco dinero que vivía en una buhardilla. Hacía tanto frío que dormía con toda la ropa puesta. Pero lo peor de todo fue que al ser mujer y extranjera, no me lo pusieron nada fácil, de no haber sido por Pierre quizá nunca hubiera podido llegar a donde llegué...

-Por cierto Marie, ya que hablas de Rusia, ¿Qué te parece ese nuevo dirigente, Stalin, que ha llegado al poder tras la muerte de Lenin?

-Creo que nada bueno nos espera, sus primeras decisiones han sido matar a sus adversarios y quitar todas las tierras a sus propietarios.

El camarero les interrumpió la conversación, no se habían dado cuenta de que ya se estaba oscureciendo el día.

-¿Quieren café, algún licor de la casa o les traigo ya la cuenta?

-No muchas gracias, tráiganos la cuenta por favor, dijeron al unísono.

-Aquí tienen.

-Gracias, cárguelo al compartimento número 15- dijo Einstein con un tono que no admitía discusión alguna.

-Buenas noches Marie, mañana nos veremos, me voy a mi compartimento necesito descansar. Mañana nos espera una dura jornada junto a Heisenberg, Bohr, Langevin y el resto de científicos. Un placer- le dio un beso en la mano y se retiró.

-Hasta mañana Albert, yo también estoy muy cansada...



-¡Laura, Laura! ¡Despierta cariño, te ha llamado la doctora para que te hagan la placa de la mano!
¡Corre, vete con aquel señor!

Un agudo dolor en la mano me devolvió a la realidad, por lo visto me había quedado dormida en la sala de espera.

-¡Sí mamá ya voy, estaba tan cansada que estaba soñando con...!

-¡Venga deprisa, ya me lo contarás luego, la doctora te está esperando!

-¡Ya voy, ya voy!

Con las prisas se me cayó el libro que estaba leyendo, una biografía de Marie Curie. El enfermero que me esperaba en la salita era un hombre de mediana edad, ojos saltones y largo pelo blanco alborotado a juego con su bigote.

-¿Laura, verdad? Yo soy Alberto, el enfermero. ¿Qué te ha pasado en la mano?, la tienes muy inflamada.

-Me caí patinando en la pista de hielo y parece que me he hecho un esguince en la mano.

-Haremos una radiografía para ver si hay algo roto.

Caminamos por un largo pasillo hasta una sala interior sin ventanas, nos recibió María una mujer delgada, con el pelo blanco recogido en un moño, vestida con una bata blanca y que llevaba un fonendoscopio colgando del cuello.

-Pasa a esta salita por favor, te voy a hacer una radiografía. Ponte esto en el tronco y las piernas.

-¿Para qué es esto? -pregunté.

-Esto es un delantal de plomo que protege de las radiaciones.

Ella se metió en un pequeño cuarto y al cabo de un momento salió con una especie de papel negro en las manos.

-Veamos esa radiografía -dijo María, mientras acercaba la placa a una especie de ventana luminosa-. Parece que no es nada serio. Creo que el escafoides no se ha roto, podrás volver a patinar en unos pocos días en cuando baje la hinchazón. Que Alberto te ponga una férula para que la lleves durante unos días, y procura llevar el brazo en cabestrillo para que no se inflame.

Respiré aliviada, por suerte no era necesario enyesarme la mano y pronto podría entrenar para la próxima competición.

-¡María, Alberto muchas gracias!-. Me despedí de ellos con una gran sonrisa y una extraña sensación de familiaridad.

Cuando salimos del hospital mi madre me preguntó:



-Por cierto Laura, ¿qué estabas soñando cuando te despertaste en la sala de espera? Parecías un poco desorientada.

-Verás mamá, no te lo vas a creer, soñaba que estaba en París hace cien años. Era un frío día de octubre, Marie Curie madrugó más que de costumbre...